

Puig-Samper, Miguel Ángel: *Miradas coloniales. Fotografía antropológica y colonialismo visual*. Madrid, Catarata, 2024. 208 pp.

Miguel García Murcia
Escuela Nacional de Antropología e Historia, México 

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.102692>

En el verano de 2024, en una sala del Instituto Milá y Fontanals de Investigación en Humanidades en Barcelona, se presentó una exposición que exhibía una parte de las fotografías reunidas por Miguel Ángel Puig-Samper y que han pasado a ser la base del libro titulado *Miradas coloniales. Fotografía antropológica y colonialismo visual*. Éste se publicó unos meses después en Madrid y constituye el objeto de la presente reseña.

El libro de Puig-Samper se muestra de valor imprescindible porque se sumerge en la historia de la antropología, señalando sus conexiones con el desarrollo tecnológico, especialmente asociado a la fotografía, y con las dinámicas económicas y geopolíticas marcadas por un capitalismo en expansión y basado en la explotación neocolonialista. Pero, al hacerlo, el autor asume una posición crítica con relación a las formas que adquirieron las prácticas científicas del pasado y extiende, con ello, la necesidad de cuestionar las mismas prácticas del presente.

Lo anterior debido a que, si bien es un libro de historia que se ocupa de un tiempo relativamente alejado del nuestro, el tema de fondo permanece vigente y demandante de explicaciones. El tema es el de la convivencia de los diferentes grupos humanos que poblamos el planeta; las violencias intrínsecas a las relaciones de poder asimétrico derivadas de un sistema económico que privilegia la ganancia a costa de la dignidad humana y de poner en riesgo el equilibrio de los ecosistemas en el planeta; también, y especialmente, el papel de las prácticas y conocimientos científicos en todo ello. El siglo XIX experimentó un impresionante desarrollo tecnológico. En esa centuria se experimentó una gran transformación tecnológica asociada al desarrollo mismo del capitalismo, entre numerosos adelantos es preciso destacar el surgimiento de la fotografía, ligada a dispositivos tecnológicos basados en el conocimiento de la óptica y de la química.

Pero era un desarrollo tecnológico desigual; no era lo mismo producir y hacer circular las fotografías en Europa o Estados Unidos, que en México, Brasil o Paraguay. En México, por ejemplo, la economía pauperizada dificultaba el acceso a la fotografía, lo anterior debido a una larga historia de luchas internas en la definición política de la nación, además de las desgastantes guerras con Francia y Estados Unidos en la defensa de la soberanía (que implicó la pérdida de la mitad del territorio y el reconocimiento forzado de una deuda externa ilegal e injusta). No obstante esas condiciones asimétricas en la producción del saber, en términos generales la fotografía facilitó el acceso y circulación de imágenes, lo cual trastocó la vida social; sin embargo, como se muestra en *Miradas coloniales*, se trató de un objeto especial, pues la ciencia de ese momento

empezó a construir la idea de que las fotografías (o daguerrotipos, inicialmente) superaban la apreciación subjetiva de un pintor para convertirse en un registro fidedigno de lo “real”, un elemento “positivo” para representar y conocer el mundo. La fotografía, desde la perspectiva antropológica del momento, se convirtió en un objeto complejo y valioso al ofrecer la posibilidad de crear, con ella, nuevos objetos: los tipos humanos.

En las páginas del libro, el autor ofrece un análisis histórico rigurosamente documentado del desarrollo y significado de la fotografía. Muestra que ésta, por principio, es parcial y no depende sólo de las características de los dispositivos tecnocientíficos utilizados, sino de quienes miran o son mirados a través de ella, cómo y en qué circunstancias. Así, el apartado introductorio, nutrido con abundantes referencias teóricas y elementos fácticos, exhibe el surgimiento de la antropología europea a partir de la coexistencia de diversos enfoques (etnográfico, lingüístico y antropofísico); la adopción de la fotografía como instrumento de objetivación de las denominadas “razas humanas”; la relevancia de su circulación en publicaciones impresas y, con todo lo anterior, la construcción de una “otredad” salvaje y bárbara como parte de un sistema racial jerarquizado que legitimaba el dominio occidental.

Es necesario agregar que, al mismo tiempo que la fotografía definía al “otro”, por oposición, contribuía en la construcción de la identidad de lo “occidental” y lo “civilizado”. El gran aporte del libro es el análisis particular del uso de la fotografía antropológica en distintas partes del planeta; junto a los proyectos exploratorios se revisan los emprendimientos particulares de fotógrafos asentados en las distintas localidades, asimismo, por ejemplo, se documenta la manera en que el expansionismo estadounidense del siglo XIX, como antes lo habían hecho las potencias europeas, entremezcló el interés geográfico, militar y antropológico.

Puig-Samper nos hace transitar por Cuba y Puerto Rico a través de la lente norteamericana, la misma que examina a la población filipina; se detiene en México, en el Chaco paraguayo, en la región mapuche y Tierra del Fuego para pasar luego a Brasil, de ahí nos conduce a la fotografía en Oceanía y la exhibición de australianos en París, para concluir el recorrido en África, particularmente en Guinea Ecuatorial y en el norte de ese continente. El recorrido combina un minucioso análisis de las peculiaridades que la fotografía antropológica adquirió en cada sitio, con una cuidadosa selección fotográfica que de ningún modo ilustra, sino que se convierte en un elemento esencial en la propuesta del autor para comprender, desde lo visual, los procesos de racialización y colonización. Si todo lo antes dicho sería suficiente para destacar la conveniencia de leer detalladamente un libro escrito con un lenguaje preciso y ameno, debe agregarse que *Miradas coloniales* no agota la necesidad de analizar el desarrollo entrelazado de la antropología y la fotografía. Su lectura invita a explorar otras posibles líneas de estudio, entre ellas, la manera en que la práctica fotográfica en los lugares sometidos a proyectos de colonización pudo convertirse en un campo de disputa entre distintos enfoques epistémicos y metodológicos de una antropología en proceso de delimitación disciplinar: etnografía y antropología física; perspectivas francesa, alemana, española o estadounidense, o bien, entre proyectos antropológicos europeos y los locales de las regiones colonizadas. Con lo cual, también se presenta la necesidad de avanzar en historias comparadas tomando la fotografía antropológica como eje.

Otra posibilidad se relaciona con la necesidad de preguntar específicamente sobre las interacciones entre los proyectos colonialistas, la fotografía asociada a ellos y las comunidades antropológicas locales (en donde hubo, aunque sea de modo inicial), así como la integración de estas comunidades en los procesos de construcción de los Estados nacionales. Para ilustrar, puede señalarse que México, Brasil y Argentina tuvieron una institucionalización de la antropología al final del siglo XIX, pero, bajo una diversidad de condiciones sociopolíticas, prioridades epistémicas y modos de aproximación específicos a sus objetos de estudio. En México, por ejemplo, la potente presencia y diversidad indígena, así como el rechazo y la marginalización con que tradicionalmente había sido tratada marcaría los intereses y las formas de la práctica antropológica desarrollada por algunos personajes pertenecientes a las élites.

En Brasil, el interés por las poblaciones indígenas amazónicas marcó los proyectos antropológicos, como el de la Exposición Antropológica Brasileña de 1882, en el Museo Nacional de Rio de Janeiro, pero éstos también se vincularon con circunstancias como la abolición de la esclavitud y el crecimiento de centros urbanos de gran relevancia, como Sao Paulo. Mientras que, en Argentina, marcada por importantes procesos migratorios desde Europa, se desarrolló una

antropología de la mano de especialistas procedentes del otro lado del Atlántico y en contextos de sometimiento, despojo e, incluso, exterminio de las poblaciones indígenas en pro de proyectos económicos que demandaban la posesión de la tierra. El libro *Miradas coloniales*, con la ventaja de ofrecer una perspectiva global, se suma a diversos esfuerzos que desde América Latina se han realizado para comprender el papel de la fotografía antropológica en la racialización de ciertas poblaciones. Sus páginas, visualmente dan cuenta del proceso que Bolívar Echeverría (Antología. Crítica de la modernidad capitalista, La Paz, 2011) ha explicado de modo amplio y lúcido: la imposición de una ética capitalista (el tener que ser altamente productivo para garantizar la acumulación del capital) que exige su visibilidad y manifestación a través de la imagen, es decir, la “blanquitud”. Así, la construcción del racismo mostrada por Puig-Samper puede entenderse como un fenómeno subordinado a procesos económicos que se expresaron y experimentaron de modo diferenciado en las distintas partes del planeta.

Lo anterior se comprende mejor si pensamos, por ejemplo, en la fotografía antropológica sobre la criminalidad realizada en México en 1891. Además de escalar exponencialmente el registro de rasgos físicos de los supuestos criminales (la mayoría de los presos eran indígenas e ignoraban de qué se les acusaba, pues no hablaban español) contribuyó en la definición del tipo de mexicano que no cabía en la sociedad que se deseaba construir. Esta fotografía materializó la violencia, el rechazo y la exclusión experimentados por amplios sectores de la población. Se trata de una experiencia continuada y actual no solo entre los mexicanos que conservamos rasgos físicos o culturales indígenas o que asumimos plenamente una identidad indígena, sino también entre los miles de personas migrantes que, en cualquier ciudad del Norte global, buscan “integrarse” en ese sistema que, paradójicamente, les ha arrojado de sus propios lugares de origen. *Miradas coloniales*, de Miguel Ángel Puig-Samper, parafraseando a Bolívar Echeverría, hace que nuestra mirada pase a contrapelo sobre la historia de la fotografía antropológica, para toparnos con las cicatrices que ha dejado en nuestras sociedades; nos invita a mirar a quien, a su vez, nos mira y a preguntarnos ¿para qué?